

«PAZ A VOSOTROS. RECIBID EL ESPÍRITU SANTO»

Domingo Pentecostés. Ciclo C

Hch 2, 1-11; Sal 103, 1-2.24.34; 1Co 12,3-13; Jn 20,19-23

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también os envío yo.

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidas. (Jn 20,19-23).

“Al llegar el día de Pentecostés, cuentan los Hechos, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería”.

“Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, afirma el Apóstol, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común”.

Al anochecer, entre los Apóstoles llenos de miedo, dándoles la paz, se presenta Jesús en medio de ellos; ¡hombres de poca fe!, ¿de qué tenéis temor?, si sabéis que ha vencido a la muerte, que ha resucitado y está vivo, presente, hasta el fin de los tiempos. Este anochecer es el gran día os trae la alegría y la paz, la fortaleza de la fe y el fuego del amor: Recibid el Espíritu Santo. Es el momento de la gloria de la resurrección, de las lenguas de fuego, es vuestro Pentecostés. Es la venida del Espíritu, del Espíritu de Dios, del Espíritu actuante en la Iglesia, el día del Espíritu para los bautizados. Con la fuerza del impulso vivificador, se han terminado los temores, las dudas y las timideces. Es la hora de lanzarse con ímpetu a la vida cristiana, de abrazarse al Evangelio sin titubeos, la hora de la Iglesia firme y robusta asida a la enseñanza del Maestro, para acoger a los que vienen; salir al encuentro de los que nos necesitan, para inundar de paz al mundo, rodearlo de perdón, de misericordia y de amor: Como el Padre me envió, así os envío yo.

Un viento fuerte sopló; exhaló su aliento sobre ellos. Ya lo decía Juan Pablo II en su encíclica *Dominum et vivificantem*: “No cabe duda que el Espíritu sopla fuerte en la Iglesia de hoy, invitándonos a evangelizar, catequizar, celebrar, dar testimonio, unir, trabajar por la paz, la justicia, la fraternidad universal...” Hay diversidad de dones; la fuerza del Espíritu de Cristo es la que reúne en el cuerpo eclesial de Cristo, dándole la unidad y el amor. La acción del Espíritu está estrechamente unida a la persona de Cristo en su palabra y la comunión sacramental. La Palabra es una manifestación del Espíritu. La asamblea reunida manifiesta la diversidad de los dones del Espíritu: los ministerios expresan los dones recibidos "para utilidad", dentro del conjunto de una Iglesia llena del Espíritu. Y, en su derivación hacia la vida y el testimonio, la Eucaristía es fruto del Espíritu, es la fuente del amor, por ser actualización del misterio pascual; así el amor vivido se convierte en la manifestación del misterio de salvación.

Exhalar el aliento, significa comunicar su Espíritu. Espíritu, soplo, aire, aliento. Es respirar a Dios. Vivir en Dios. Un Dios que quiere vivir cerca, íntimo en nosotros, dentro de nuestra vida, eficiente y alentador de nuestro camino. Se acerca, llama, pero hay que querer abrirle. Él está siempre ahí, espera, susurra su amor y lo impulsa hacia el prójimo; zarandea nuestra conciencia, impele a la misericordia, invita a perdonar una y setenta

veces, ofrece su mesa de la comunión, y guía a hacer vida el evangelio y predicarlo. Hay que respirar su aliento, querer vivir de su aire. Respiremos, porque el Espíritu aletea en el diario vivir, entre las cosas pequeñas que nos atañen. ¡Ven, Espíritu Santo, Creador y Vivificador! Inspira que el Evangelio es vida apasionada, la Iglesia, comunión de hermanos, la jerarquía, servicio y la misión, a que envía, un continuo y regocijante esfuerzo para implantar el Reino del amor y la paz. ¡Ven, Espíritu Santo!

Roguemos al Espíritu que nos de aliento para renovarnos en sarmientos que den frutos sanos de amor en el mundo y renovar la Iglesia, en una comunidad joven, fraterna y solidaria, de comunión y servicio. Urge llenar la vida de su aliento, para que el soplo de Dios entre en nuestra historia y la rellene de sus dones.

Camilo Valverde Mudarra